

«La vida es a veces la vida, y a veces sólo un drama,
y uno debe aprender a distinguir la una de la otra.»

E. M. FORSTER

1

El número 17 de Kingsley Gardens dominaba una calle arbolada en el lado sur del río, protegida del tráfico de Trinity Road por sus amplios terrenos y una urbanización de la década de 1950 de pisos y tiendas. Un tramo de escaleras conducía a una entrada imponente, junto a la cual una placa de latón grabada con THE ALBANY se veía discretamente oculta por un tejo bien podado en una maceta de terracota. Sólo una rampa para sillas de ruedas rompía la ilusión de un club exclusivo para caballeros, aunque su gran amplitud y los pasamanos de dorado brillante indicaban un tipo superior de acceso para minusválidos.

Eloise ayudó a su madre a salir del taxi y puso el brazo alrededor de sus hombros.

–¡Aquí estamos! –exclamó.

–Sí –contestó Joan–. Aquí estamos.

Se quedaron juntas de pie en la acera, admirando el exuberante exterior del edificio. Como informaba el folleto a todo color del Albany a sus potenciales residentes en la primera página, el hogar ocupaba una «mansión victoriana considerada de tipo II, restaurada con gusto para satisfacer los niveles de calidad más altos y conservando la mayor parte de las características originales de la época». Por encima de ellas, las modas arquitectónicas de un millar de años competían para destacar en una fachada densamente abarrotada, a lo largo de la cual un arquitecto efusivo de finales del siglo XIX había distribuido con liberalidad torreones, cúpulas

y ventanas panorámicas. Troneras medievales atravesaban gabletes jacobeos; tejados de pizarra se alzaban empinados, punteados con ventanas en forma de ojo de buey. Arcos góticos, columnas normandas y pilastras corintias competían por la atención a lo largo de un frontispicio de estuco blanco labrado, por encima de la puerta, con las letras «G» y «C» decorativamente entrelazadas.

–¡Dios santo! –exclamó Joan.

–Hasta el momento ésta parece la mejor. –Eloise habló con el optimismo ligeramente histérico de alguien que se había pasado demasiados sábados sucesivos examinando residencias asistenciales para ancianos.

–Desde luego es mejor que ese lugar de Enfield.

–Yo nunca te dejaría vivir allí.

Joan apretó con afecto la mano de su hija. Ni remotamente condenaba a Eloise por meterla en una residencia. No la había traído al mundo, le había dado la vida y la había amado, la había criado y la había cuidado lo mejor que podía esperando lo mismo a cambio. Apretó un poco más fuerte su mano y dijo:

–No, por supuesto que no, querida.

Llamaron al timbre y en un vestíbulo de entrada rodeado de pilares las recibió una enfermera muy elegante en un uniforme gris y blanco, en cuya tarjeta de identificación se podía leer «ENFERMERA KAREN».

–Usted debe ser la señora McAllister... ¿o la puedo llamar Joan? –pronunció cada palabra con una profesionalidad enérgica–. Soy la Responsable de Enfermería. ¡Bienvenida al Albany!

Joan pensó que había algo de representación en el tono de voz de la enfermera Karen. Encajaba bien en las baldosas bien pulidas del suelo del vestíbulo de entrada y sugería unas habitaciones escrupulosamente limpias y aireadas. La enfermera tenía una constitución fornida y se movía con cuidadosa determinación.

–Si me quieres seguir –ofreció.

Joan echó una mirada a sus espaldas para asegurarse de que el par de pedales de piano de latón bruñido que se habían materiali-

zado en el taxi seguían ahora con ella. Así era. Se alegraba por ello, porque ésta era la primera visita que le hacían en una semana y estaba deseosa de su compañía. No habían aparecido ni una sola vez en la residencia asistencial de Enfield, de hecho habían aumentado el impacto de sus pasillos fríos y húmedos y el «jardín» pavimentado de cemento. Animada por su vivaz presencia siguió a Eloise y a la enfermera Karen hasta el mostrador de recepción y esperó detrás de ellas mientras Eloise escribía «Joan McAllister, Eloise McAllister, 10:53 a.m.» en el registro de visitas y la Responsable de Enfermería les preguntaba si querían una bebida caliente.

Joan sabía que Eloise trabajaba durante muchas horas y estaba ansiosa porque esta visita no consumiera más de lo estrictamente necesario el tiempo libre de su hija. También estaba deseosa de disfrutar en privado de la inesperada aparición de los pedales, porque nadie sabía cuánto tiempo se quedarían una vez habían aparecido, o dónde se podría encontrar uno sin su amable guía. Por eso dijo:

—Estoy bien, muchas gracias. ¿Quizá podríamos empezar la visita? —Y se giró hacia la majestuosa escalinata, cuyos pasamanos parecían terminar en un par de ángeles alados de caoba.

Joan estaba bastante acostumbrada a ver cosas extraordinarias en lugares ordinarios, y la visión de estas figuras celestiales no la sorprendió demasiado. La primera visita de los pedales de piano había sido asombrosa, sin ninguna duda; incluso un poco inquietante. Se habían materializado sobre su cama en las primeras horas de una mañana oscura tres años antes: al principio, un espectáculo alarmante, pero una vez que dejó de lado sus miedos y estableció con ellos una amistad, la habían guiado en muchas aventuras. Ahora era muy raro, si es que ocurría, que se sorprendiera por las cosas curiosas que veía de vez en cuando.

—¿Ni siquiera un trozo de pastel?

La enfermera Karen tenía un poco de hambre. Tenía por costumbre invitar a los clientes potenciales a un refrigerio en su oficina, mientras les explicaba las ventajas de las atenciones geriátri-

cas de primera clase que proporcionaba la cadena de residencias de la tercera edad TranquilAge®.

–Venga, mamá. Siempre tomas un tentempié sobre esta hora.

–¿De verdad, a esta hora? –La enfermera Karen sonrió con aprobación–. Una de las ventajas de nuestra proporción equipo-pacientes –prosiguió explicando a Eloise y bajando la voz– es que podemos seguir con cualquier pequeña rutina a la que estén acostumbrados los queridos ancianos. Tenemos el personal para tratar a cada cliente como el individuo único que en realidad es.

Joan, cuyo oído y vista eran mucho más funcionales que sus articulaciones, fingió que no había escuchado esta afirmación. En su lugar dijo:

–Bueno, me gustaría tomar mi bocado de media mañana.

–De acuerdo, entonces. ¿Me siguen, por favor?

La Responsable de Enfermería las condujo por un pasillo embaldosado con estilizados acianos y su techo arqueado reminiscencia de la nave de una catedral.

–Adquirimos esta propiedad hace nueve años –explicó, iniciando su protocolo– con el objetivo de convertirla en el buque insignia europeo de TranquilAge®. ¿Pueden creer que una vez esto fue el hogar de una familia? Aunque, por supuesto, nosotros seguimos pensando en ella de esta manera porque –en este punto rodeó con su brazo los hombros de Joan y le dio un apretón– cada uno de los residentes se convierte en miembro de la familia TranquilAge®. –Abrió una puerta de aspecto sólido e hizo pasar a sus invitadas a una habitación grande y agradablemente amueblada, adornada con esplendidez con flores de seda–. Entonces, tomemos un poco de té. ¿Prefieren pastel de zanahoria, o de café y nueces?

La charla previa al registro de la enfermera Karen ocupaba alrededor de veinte minutos, algunas veces más, otras menos, dependiendo de la autoconfianza que mostraba su audiencia. Al-

gunos clientes potenciales encontraban su aire de omnisciencia clínica tan intimidatorio que no planteaban absolutamente ninguna pregunta, y muy pocos de los que escuchaban su amistosa y sincera exhortación sobre la «Experiencia TranquilAge®» no firmaban sobre la línea de puntos momentos más tarde. Aquellos que se resistían quedaban intimidados por los costes exorbitantes que implicaba, razón por la cual la enfermera Karen prefería tener presentes a los queridos ancianos cuando les explicaba los conceptos básicos a los familiares más jóvenes. Según su experiencia, los profesionales de mediana edad sentían reticencias a parecer mezquinos delante de sus ancianas tías, tíos y padres, y ella era una experta en insinuar con delicadeza que podían considerar alternativas más baratas, recordándoles que en la vida recibes según lo que pagas.

Quedó bastante sorprendida cuando Eloise ni siquiera mencionó el coste de una habitación privada en el Albany, y más aún cuando le planteó una serie de preguntas detalladas y técnicas que sugerían una familiaridad poco habitual con el trabajo en una institución geriátrica. La enfermera Karen expuso con cierta extensión las cualificaciones del equipo del Albany; las dilatadas referencias que se comprobaban antes de ofrecer cualquier empleo; las disposiciones a mano para tratar una amplia variedad de percances médicos. Al hacerlo se preguntó si, quizá, Eloise, tendría algún conocimiento personal de la medicina geriátrica. Esperaba que no, porque los familiares con experiencia en el campo tenían tendencia a interferir y eso, aunque comprensible, era exasperante y una distracción. ¿Era una profesional de la medicina? La enfermera Karen miró la ficha en su regazo. En la casilla de «Ocupación» Eloise había escrito «Gestora de Fondos», lo que era un alivio.

–Me gustan los clientes que han investigado y han reflexionado sobre el tema –comentó, inclinándose hacia delante y sonriendo.

Joan escuchó distraída el interrogatorio de su hija a la Responsable de Enfermería, contenta sabiendo que Eloise estaba se-